

Autolesiones: una solución posible a las exigencias psíquicas del adolescente.

Sardar, Brian.

Cita:

Sardar, Brian (2021). *Autolesiones: una solución posible a las exigencias psíquicas del adolescente*. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-012/52>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/even/fhN>

AUTOLESIONES: UNA SOLUCIÓN POSIBLE A LAS EXIGENCIAS PSÍQUICAS DEL ADOLESCENTE

Sardar, Brian

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

El presente escrito tiene como objeto estudiar un fenómeno que aparece insistentemente en la clínica con adolescentes: las autolesiones. La pregunta que hará de hilo conductor para este texto, se orientará a comprender por qué los adolescentes se vuelcan de forma tan masiva a esta práctica. La hipótesis de trabajo consistirá en que los cortes en el cuerpo vendrían a aportar una solución a las exigencias y trabajos psíquicos, que el adolescente debe realizar. En función de ello, abordaremos el desasimiento de la autoridad parental y el modo en que el adolescente debe lidiar con una angustia avasallante; el sentimiento de inexistencia y vacío que en ocasiones caracteriza al sujeto en esta etapa; las dificultades de apropiarse y habitar un nuevo cuerpo que se percibe fragmentado y extraño; y el lugar que viene a ocupar el grupo de pares como sostén de la identidad. A lo largo del trabajo, estudiaremos el modo en que la autolesión cumple una función en relación a las vicisitudes psíquicas enumeradas y que son propias de la adolescencia.

Palabras clave

Adolescentes - Autolesiones - Trabajos psíquicos

ABSTRACT

CUTTING: A POSSIBLE SOLUTION TO THE PSYCHIC DEMANDS OF THE ADOLESCENT

The present writing aims to study a phenomenon that appears insistently in the clinic with adolescents: self-harm. The question that will act as a common thread for this text is aimed at understanding why adolescents turn to this practice so massively. The hypothesis will consist in that the cutting in the body would come to provide a solution to the psychic work, that the adolescent must carry out. Based on this, we will address the detachment of parental authority and the way in which the adolescent must deal with overwhelming anguish; the feeling of nonexistence and emptiness that sometimes characterizes the subject at this stage; the difficulties of learning to inhabit a new body that is perceived as fragmented and strange; and the place that the peer group comes to occupy as the support of identity. Throughout the work, we will study the way in which self-injury plays a role in relation to the psychic vicissitudes listed and that are typical of adolescence.

Keywords

Adolescents - Self-injuries - Psychic work

Introducción

El presente trabajo tiene por objeto abordar una práctica que parece reiterarse en las presentaciones clínicas de los adolescentes: las autolesiones. Este fenómeno no parece responder unívocamente a un diagnóstico, siendo pasible de hallarse en cualquiera de ellos. Su presencia insiste. Pero ¿por qué la población adolescente se muestra particularmente vulnerable a esa práctica? La hipótesis que nos propondremos trabajar en este escrito, es que la autolesión vendría a aportar una solución oportuna para algunas de las exigencias y trabajos psíquicos que son característicos de la adolescencia.

En función de ello, nos propondremos primeramente realizar una aproximación a lo que entendemos por adolescencia analizando sus implicancias. Este acercamiento se vuelve necesario, por cuanto que la adolescencia es un concepto nacido muy recientemente en Occidente. Anteriormente, solo se consideraba un pasaje directo de la niñez a la adultez, mediatizado por distintos tipos de rituales, prácticas o ceremonias características de cada cultura. Como expondremos más adelante, es posible suponer que algunos rituales de iniciación, aún siguen vigentes.

Una vez que hayamos conceptualizado a la adolescencia, nos abocaremos a trabajar sobre el modo en que el joven se vincula con sus padres, así como también las formas que encuentra de resolver la angustia avasallante, de la que en ocasiones es presa. Expondremos el modo en que la autolesión justamente vendría a resolver algo de aquello. Seguidamente a esto, abordaremos el sentimiento de vacío e inexistencia que de a momentos invade al adolescente, para vincularlo con la forma en que la autoincisión lograría otorgarle cierta consistencia. Luego, nos enfocaremos en el estudio del cuerpo del adolescente, señalando las dificultades que el mismo presenta para aprender a habitarlo. En este caso, la autolesión instaurará cierto límite, allí donde no se lo percibe claramente. Finalmente, consideraremos la posibilidad de que el corte en el propio cuerpo se configure como una señal de identidad, un rasgo al cual identificarse, que otorgue un sostén identitario y lo señale como perteneciente a un grupo de pares. Tal como puede observarse, no es posible señalar a priori el motivo por el cual un adolescente comienza a autolesionarse. Se tratará de ver que solución la aporta al sujeto en cada caso.

Una nueva epidemia

Las autolesiones no son un patrimonio propio y exclusivo de la actualidad. Siguiendo los estudios de Roudinesco (2007), es posible rastrear esta práctica a lo largo de varios milenios. Su función ha variado a lo largo de la historia, pero ha tenido principalmente un estatuto religioso. En la misma línea, Fuckelman (2006) señala que las lesiones en el propio cuerpo constituían en ocasiones una parte fundamental de los rituales de iniciación en antiguas civilizaciones, señalando con ellas el comienzo de la vida adulta. En ese contexto, las autolesiones eran fomentadas y celebradas.

En lo que respecta a nuestra esfera, es recién a principios del siglo XX que se comienza a registrar esta práctica como una problemática de salud mental. No obstante, hubo que esperar hasta la década del '60, para que se publique la primera investigación que se ocupa de esta temática, y lo hace justamente en relación a una población adolescente.

Hoy nos hayamos frente a una situación paradójica. En tiempos pandémicos, nos encontramos frente a una nueva epidemia. Actualmente, se ha estudiado que a nivel mundial 1 de cada 15 adolescentes se ha autolesionado alguna vez (Nixon, 2008). Esto representa casi el 7% de los adolescentes. Esta estadística es francamente preocupante y más aún si lo comparamos con el 4,4% de personas que padecen depresión, siendo uno de los padecimientos mentales más frecuentes a nivel mundial según la OPS (2017). Pero aún hay más elementos que encienden las alarmas: según se ha estudiado, más del 70% de los adolescentes reincidirá en esta práctica 3 veces o más (Wilkinson 2011). Pocos son los datos pasibles de ser expuesto en función de la situación en Argentina, pues encontramos un sub registro. No obstante, es posible afirmar que de todos los ingresos a una guardia por autolesiones, la cuarta parte de ellos, se corresponden con pacientes adolescentes (Programa Nacional de Salud Integral en la Adolescencia, 2016). ¿Será acaso que esta presentación clínica ha destronado el lugar que antaño venían a ocupar los Trastornos de las Conductas Alimentarias? ¿Debemos abrir centros dedicados especialmente a la atención clínica de estos cuadros?

El trabajo de ser adolescente

Algunas consideraciones nos ayudarán a poner paños fríos sobre este asunto. Pero para ello, debemos comenzar preguntándonos qué entendemos por adolescencia. Sabemos que implica un momento donde algo del psiquismo y su estructura se debe reorganizar. Muy tempranamente, Freud ya describía en "Carta 52" (1896) el modo en que el psiquismo se conforma por estratificación sucesiva, siguiendo un proceso de traducción y re transcripción de las huellas mnémicas. Justamente, señala que durante el tiempo de la segunda oleada de la sexualidad, del embate pulsional que implica la pubertad, es necesario retranscribir el conjunto de estas huellas, con el esfuerzo que esto conlleva. Encontramos entonces que desde sus inicios, Freud

(1896) ya pensaba al adolescente como un sujeto sumido en estos laboriosos trabajos psíquicos, pues pareciera que la resolución lograda durante la infancia, se mostrara insuficiente frente a las nuevas exigencias que debe afrontar. El psiquismo, la estructura toda, se ve conmovido, frente a la irrupción de la pubertad. No es casual que al revisar la bibliografía referida a esta temática, los autores no dejen de presentar a la adolescencia en términos de crisis. De hecho, Winnicott la describe como un "estado patológico normal" (Mannoni, 1982, p. 20)

Como consecuencia de ello, el terremoto pulsional que implica la pubertad puede generar efectos que a simple vista podrían resultar alarmantes, pero que estudiadas más profundamente, no harían más que dar cuenta de este embate puberal. A propósito de esto, Rassial (1999) señala que muchas de las manifestaciones o acciones que en la adultez darían cuenta de un fenómeno patológico ligado a un cuadro clínico psicopatológico; en la adolescencia, la misma presentación, no haría más que dar cuenta de la reestructuración y exigencia psíquica, el proceso adolescente, que vive el púber en su nueva existencia en el mundo. Por tanto, concluye que "es necesario tomar las cuestiones de la adolescencia en serio. Esto significa ni de forma abusivamente trágica, ni con ligereza" (Rassial, 1999, P. 89).

La autolesión: un recurso frente a la destitución del Otro

Bien sabemos que los cambios que trae aparejada la adolescencia, repercuten en el medio familiar. El joven busca reinventar su lugar y con ello impone una modificación en la dinámica de su familia. No en pocas ocasiones, encontramos adolescentes enfrentados con sus padres, rebeldes y con un afán de denunciar las falsedades del mundo adulto. ¿Qué ha ocurrido con ese niño cuyo principal deseo era "ser grande"? Pues bien, este anhelo del infante se fundamentaba en la idealización que realizaba respecto a sus padres: todopoderosos, omnipotentes, invencibles. El terrible descubrimiento que realiza el adolescente es que esos padres ideales no existen. Se sienten engañados, defraudados. A fin de cuentas, los padres están hechos de la misma materia que ellos. Son falibles. Por tanto, los desconoce en su autoridad. El joven puede incluso sentir que convive con extraños en su propia casa. Y esto no es sin razón. Pues los padres ideales del latente son distintos a los del adolescente: han caído de su pedestal. De esta forma, se pasa de la sumisión a los adultos idealizados durante la niñez, al conformismo, la decepción y el desafío durante la adolescencia.

Como consecuencia de ello, las condiciones de dialogo entre el adolescente y sus padres se ven rotas, llevando al malentendido. Los jóvenes sienten que sus progenitores no podrán entender la importancia de sus problemas. Desconfían de ellos y a menudo se siente decepcionados. Por su parte, los padres se muestran desconcertados, imposibilitados de entablar una comunicación con aquel joven, que antaño se mostraba como un niño dulce, receptivo y dócil. La sensación que vivencian aquellos padres, evoca la afirmación que realiza Winnicott: "Sembraste un bebe

y recogiste una bomba” (1971, p. 225). No hay lugar allí para la palabra. Esto es problemático en sí mismo, en tanto es a través del dialogo que se ve disminuida la tensión agresiva, a la vez que impide que prevalezca un sentimiento de soledad (Wainsztein & Millán, 2010). Esta última puede dominar la escena, a razón de que ahora el joven se siente viviendo con extraños a los cuales desconoce; y tampoco cuenta con esos ideales omnipotentes, que supieron guiarlo durante la niñez. El adolescente deberá vérselas con diversas dificultades, sintiéndose completamente sólo, a raíz de lo cual podría advenir una angustia avasallante. Sera fundamental, en este sentido, el modo en que el Otro Familiar tome y afronte ese angustia. Si no puede tolerarla y busca apaciguarla y taponarla rápidamente, impidiendo su despliegue, el adolescente no tendrá más opción que contener la suma de angustia y ansiedad. ¿Qué hacer con esa agresividad y angustia contenida? Belçaguy (2011) señala que ante la falta de recursos psíquicos más elaborados, frente a situaciones conflictivas con los otros, el adolescente podría recurrir a una defensa más arcaica, que consistiría en volcar esa agresión contra sí mismo. Vinculando las vicisitudes del medio familiar con las autoincisiones, Dartiguelongue (2012) explica que, si bien las autolesiones en la mayoría de los casos se realizan en soledad, no por ello se debe obviar que el antecedente y estímulo determinante para realizar esta práctica, suele estar relacionado con el abandono, descuido o indiferencia del Otro. “El desencadenamiento de las incisiones consiste en situaciones en que el Otro no da lugar, rechaza o ignora, bruscamente al sujeto” (p. 120). Tomando la propuesta de Janin (2013), podría hipotetizarse que la autolesión emerge como un recurso al cual el sujeto puede apelar cuando siente que su lugar se ve desdibujado, forzando al medio a declararlo existente. No es poco frecuente encontrar que frente a la expresión taciturna, cerrada y desconfiada del adolescente, el adulto se retire impotente en su función, sin hacer lugar al adolescente en su carácter de sujeto. La consecuencia inmediata de esto, es quedar ubicado en el lugar de objeto residual. No hay sujeto allí, solo un residuo. El efecto de esto, no es más que una angustia avasallante, que rebalsa la capacidad del psiquismo para metabolizarla. ¿Cómo puede un adolescente en crisis, resolver este estado angustiante, usando solo las herramientas adquiridas hasta ese momento, pero sin contar con el mundo adulto al que idealizaba y en el que se sentía sostenido y protegido? ¿Cómo apaciguar esta angustia? Bien sabemos gracias a los aportes de Knobel (1980), que la escena del adolescente se encuentra dominada principalmente por la acción, constituyéndose en la forma de expresión más típica. Siguiendo esta misma línea, Belçaguy explica: “Siempre hay en la adolescencia un exceso de difícil tramitación. La angustia rebasa la capacidad de elaboración del psiquismo y, en consecuencia, habrá un plus que queda sin representación y va a buscar la vía de la acción” (2012, p. 19). Esta resolución vía la acción se nos hace más comprensible, si recordamos que la segunda oleada de la sexualidad, el embate pulsional, sacude la estructura toda

y el universo simbólico; generando como consecuencia que el adolescente no pueda apelar a este orden simbólico tan fácilmente, en tanto el mismo pareciera exponer cierta fragilidad. De este modo, el adolescente se muestra más proclive a la resolución de esta conflictiva vía alguna acción, como puede ser la autolesión. Pero ¿qué solución aporta? En principio, permite que esa angustia avasallante, abrumadora, deslocalizada, pueda ser justamente localizada y ubicada en algún lugar del propio cuerpo. Ya no es una angustia-toda, inmensa, inconmensurable. El corte permite remitirla a una parte del propio cuerpo, acotándola. Por otro lado, el mismo Freud (1920) ya señalaba en “Más allá del principio de placer” que las heridas en el propio cuerpo disminuían la posibilidad de contraer las denominadas neurosis de guerra, en función de que “la herida física simultánea ligaría el exceso de excitación al reclamar una sobreinvertidura narcisista del órgano doliente” (p.33). Por tanto, al autolesionarse, el adolescente lograría de algún modo localizar cierto monto de angustia, de forma tal que a través de una sobreinvertidura, la misma pueda ser ligada y elaborada psíquicamente. Vía la autolesión, el adolescente se hace agente de esa angustia -rescatándose del lugar de objeto- y la señala en relación a una parte del propio cuerpo, a fin de lograr alguna tramitación posible.

Los temblores de la propia existencia

Al considerar el modo en que se constituye la subjetividad, uno de los elementos que no podemos omitir, es que la primera identificación del sujeto es con esos padres ideales que describíamos en el apartado anterior. En el capítulo VII de “Psicología de las masas”, Freud (1921) hace mención a ello, puntualizando que el pequeño infante idealiza a su figura parental, queriendo llegar a ser como él y hasta deseando ocupar su lugar. He aquí la más temprana identificación. La misma ocurriría durante la fase oral, por lo que el autor la describe como canibalística. Es decir, el sujeto querría devorarse al objeto, introyectarlo dentro suyo, hacerlo parte de sí. De allí el carácter masivo y total de esta primera identificación. Dadora de identidad, compromete al propio ser del sujeto. Ahora bien ¿qué ocurre cuando estas figuras idealizadas a las que el sujeto se encontraba identificado, caen de su pedestal? Pues el adolescente puede caer con él. Si esas figuras no son lo que eran, entonces ¿Qué es él? Su propio ser, su existencia, se pone en juego. Nasio señala que “El sentimiento más profundo de un adolescente es ante todo la sensación imprecisa de vivirse como un ser inconsistente, interiormente dislocado, desmembrado y peligrosamente amenazado” (Nasio, 2011, p. 82). Se hace así plausible cierto sentimiento de inexistencia, de desconocimiento, acompañado de un temor al anonimato y a la invisibilidad. Siguiendo esta línea, Rodulfo (2006) explica que el adolescente pretenderá explorar los límites de su propia existencia, llevando esto a conductas sumamente autodestructivas. Al decir de Bleichmar: “Si algo duele o si produce placer, entonces existe” (Bleichmar, 1997). Podríamos considerar que el adolescente reformula el supuesto

cartesiano: “pienso, luego existo”; sustituyéndolo bajo la forma de “Duele, luego existo”. En estos casos entonces, cabría ensayar la hipótesis de que la autolesión, en tanto fuente de dolor, otorgaría al sujeto cierto sentimiento de existencia, de llenado del vacío sentido.

Si consideramos lo anteriormente planteado, el adolescente se rescata del sentimiento de inexistencia, del vacío existencial que percibe en tanto sujeto y que lo ubica en el lugar de objeto residuo, mediante las autolesiones. Haciéndose agente de su dolor, se garantiza cierta sensación de existir. A fin de cuentas, estos cortes bien podrían otorgarle alguna consistencia a su subjetividad.

Un cuerpo infinito

Todos aquellos que estamos en contacto con adolescentes, sabemos de la brusquedad y torpeza en sus movimientos. Se tropiezan, no miden sus fuerzas. La pubertad trae consigo un cuerpo nuevo, desde donde el sujeto no se reconoce tan fácilmente y lo vivencia con suma extrañeza. La armonía corporal parece haberse perdido y el cuerpo se percibe- casi a modo del Estadio del Espejo- fragmentado y descoordinado. El joven debe aprender a habitar este nuevo cuerpo, a reconocerse en él. De allí que pasen largas horas frente al espejo, buscando encontrarse en esa imagen. Al tiempo que el cuerpo infantil debe ser duelado, es necesario investir esta nueva imagen. Siguiendo a Lacan, es posible considerar la aparición de los cambios somáticos en la adolescencia, como la irrupción de lo real del propio cuerpo, de aquello imposible de inscribir simbólicamente, que el adolescente no puede dominar, ni impedir: “Lo que Freud delimitó de lo que él llama sexualidad haga agujero en lo Real, es lo que se palpa en el hecho de que al nadie zafarse bien del asunto, nadie se preocupe más por él” (Lacan, 1974, p. 110). Si no hay una forma de zafar bien del asunto, cada adolescente deberá pugnar por inscribir este nuevo cuerpo de forma singular. Por supuesto que esto deberá realizarse en un contexto donde la estructura parece haberse conmovido, por lo que la tarea de distribuir nuevas cargas libidinales sobre este cuerpo, no será nada fácil. Mencionábamos anteriormente la torpeza en los movimientos del púber. Pues ahora habita un cuerpo del que no se tiene del todo claro sus dimensiones. No se percibe fácilmente cuáles son sus límites. Donde comienza y donde termina. Al respecto, Belçaguy (2012) puntualiza que las autolesiones constituyen en ciertas ocasiones un intento de delimitar los bordes de este nuevo cuerpo extraño. La autoincisión, en tanto operación que apunta al cuerpo, permitiría señalar un límite allí donde no se lo percibe claramente. Son cortes que intentan apropiarse del propio cuerpo. Delimitarlo. Marcarlo.

Una nueva identidad

Señalábamos anteriormente que las viejas identificaciones del sujeto con esas figuras ideales caen durante la adolescencia, viéndose dominado por un sentimiento de vacío e inexistencia;

a la vez que aprende a dominar y habitar un nuevo cuerpo. ¿Qué hacer frente a esto? ¿Con qué recursos cuenta? Habiendo vencido un proceso de desidentificación, es necesario que advenzan algunas nuevas, que permitan sostener la propia identidad. Para ello, será fundamental el grupo de pares. La necesidad del adolescente de adquirir o afianzar una nueva identidad, se apoya en buena medida en la identificación a algún rasgo de su grupo de pares. Al mismo tiempo, encontramos identificaciones miméticas, que llevan a cierto pegoteo entre los adolescentes. Su propia identidad, se sostiene en la presencia del otro. Por tanto, los vemos yendo juntos a clases, a bailar, a dormir y hasta al baño. Durante ese tiempo con sus pares, los adolescentes descubren que muchas de sus preocupaciones son las mismas. Al compartir similares problemáticas y hablar de ellas, se permiten distribuir las intimidades y las cargas libidinales de ellas, produciéndose un alivio considerable; a la vez que se generan sentimientos de solidaridad y confianza entre ellos (Hartmann, 2005). En función de esto, no solo obtienen cierto sostén identitario individual, sino también colectivo, que los rescata del temor al anonimato, al aislamiento y a la invisibilidad.

Es notable como a partir del trabajo en las salas de internación de Salud Mental, se hace fácilmente observable las mejoras en el estado anímico de los jóvenes, a partir de que comienzan a socializar entre ellos. Descubren que se encuentran internados por motivos similares, que los ocupan y preocupan asuntos afines. Empatizan con su compañero y de algún modo comienzan a constituirse en una nueva red para ese paciente internado. Arman grupos de WhatsApp, organizan salidas transitorias en conjunto, piden delivery de comida para la sala y hasta van a recitalles juntos luego de la internación. Es que como señala Hartmann “Dime qué grupo musical es tu favorito y te diré quién eres” (2000, P. 29). En otras palabras, encuentran en sus pares señales de identidad para sostener la propia. El alivio se hace palpable. No obstante, valdría señalar que el grupo de pares bien podría constituir un arma de doble filo. No en vano, muchos análisis se niegan a trabajar en grupos con adolescentes. Y es que la necesidad de afianzar su nueva identidad, se apoya en la identificación a un rasgo, que podría eventualmente dar lugar a efectos de “contagios” o “epidemias” psíquicas. Encontramos que Freud (1921) ya hacía alguna mención al respecto en el capítulo VII de “Psicología de las masas y análisis del yo”. En este apartado, trabaja puntualmente los modos diversos en que el síntoma se sirve de la identificación para su conformación. En la tercera modalidad allí planteada, expone el famoso ejemplo de “las chicas del pensionado” a fin de explicar algunos de los fenómenos de masa. Respecto al mismo puntualiza: “El mecanismo es el de la identificación sobre la base de poder o querer ponerse en la misma situación” (Freud, 1921, p. 101). Esta identificación daría lugar a distintas comunidades, donde cada yo se identifica en un punto en común del otro yo. Sobran ejemplos donde precisamente ese punto en común es la autolesión. Los cortes en el cuerpo son pasibles de constituirse en señales

de identidad, generadas a través de esta identificación con un grupo de pares, con el que se comparten estas marcas. En otras palabras, las autoincisiones podrían ser el rasgo mediante el cual un grupo de adolescentes se identifiquen entre sí y los señale como pertenecientes al mismo grupo. En consecuencia, la autolesión bien podría permitir cierto sostén identificador a estos jóvenes (algunos incluso miran videos sobre estas prácticas, a fin de sentirse parte de esa comunidad de pares). Evitan así sentirse solos en su padecer. Se hacen compañeros en el dolor. Por supuesto, no es el fin de este escrito señalar lo conveniente de que el adolescente transite sus años en soledad. Más bien, hemos expresado lo importante que puede ser contar con un grupo de pares para conformar su identidad y no caer en el vacío existencial y en el anonimato. Incluso podríamos señalar lo preocupante que es encontrarse con un adolescente que llega a la consulta, sin un grupo de pares significativo. No obstante, no debemos omitir los riesgos que esto puede conllevar. La contracara de este sostén identitario, bien podría estar cubierta de sangre.

Conclusión

El presente trabajo ha pretendido abordar una temática que no deja de ser recurrente en nuestra experiencia clínica. Habiendo distintas motivaciones subyacentes, cumpliendo muy diversas funciones y aportando distintas soluciones, hemos intentado aproximarnos a una comprensión más cabal acerca del motivo por el cual los adolescentes se muestran como una población particularmente vulnerable y tendiente a las autolesiones. A partir de este escrito, hemos podido conceptualizar el modo en que las mismas se volverían sumamente funcionales a las exigencias psíquicas que el adolescente debe afrontar. A grandes rasgos, podemos señalar primeramente que en función de la conmoción estructural que implica el embate de la pubertad, el orden simbólico se presenta convulsionado, viéndose facilitada la vía de la acción. Sin contar con sus padres ideales, frente a episodios que impliquen un angustia avasallante, el adolescente podrá recurrir a la autolesión como modo de localizarla y acotarla. En segundo lugar, no son pocas las ocasiones en donde ven su lugar desdibujado. Ya no son los niños que eran, ni tampoco los adultos que deberán ser. Su espacio vital todo, su lugar en el mundo, se ve cuestionado. Y si bien señalábamos que en ocasiones el Otro familiar no hace lugar al sujeto como tal, tampoco debemos desconocer que este sentimiento de desconocimiento e invisibilidad que invita a la pregunta por la propia existencia, es patognomónico de la adolescencia. Sabemos también, que es justamente a través del dolor provocado por el corte en el propio cuerpo, que es factible recuperar algo de ese sentimiento de existencia. Haciéndose agente de su padecer, logra cierta consistencia. En tercer lugar, vinculado con este desconocimiento que le es propio, el joven deberá aprender a habitar un nuevo cuerpo, del cual desconoce sus límites y alcances, percibiéndolo como extraño y desdibujado. Precisamente,

será a través de las autolesiones que el sujeto podrá demarcar y delimitar algo del ese cuerpo, pudiendo finalmente establecer algún borde en torno a él. Por último, mencionábamos que las autoincisiones pueden constituir un rasgo al cual identificarse, para ser considerado como parte de un grupo de pares. Como antaño, puede que en ocasiones estos cortes en la piel, aún formen parte de ciertos rituales de iniciación, que lo señalan como parte de la manada.

Finalmente, pareciera que los adolescentes pueden quedar fácilmente expuestos y tentados por esta práctica. Habrá que ver qué solución le aporta al sujeto y en función de qué trabajo psíquico. No hay una respuesta anticipada. Como siempre, la pregunta es la apuesta.

BIBLIOGRAFÍA

- Belcaguy, M. (2012). "Adolescentes que se autolesionan ¿Tramitación de la angustia?". En Barrionuevo J. La angustia en la clínica psicoanalítica. Buenos Aires, Argentina. Editorial Eudeba. 2012. 11-21.
- Doctors, S. (2007). "Avances en la comprensión y tratamiento de la autolesión en la adolescencia". En Aperturas Psicoanalíticas. 2007. N° 27, publicado el 06/12/2007. Recuperado de <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000060&a=Avances-en-la-comprension-y-tratamiento-de-la-autolesion-en-la-adolescencia>.
- Dartiguelongue, J. (2012). El sujeto y los cortes en el cuerpo. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Letra Viva.
- Freud, S. (1896). "Fragmentos de la correspondencia con Fliess: Carta 52". En Obras Completas, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). "Tres ensayos de teoría sexual". En Obras Completas. Vol.VII. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, 2000.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En Obras Completas. Vol. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu Ediciones, 2000.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras Completas. Vol. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu Ediciones, 2000.
- Fukelman, J. (2013). Notas de Lectura. Buenos Aires, Argentina. AK Lecturas Clínicas. 2013.
- Hartmann, A. (2000). Adolescencia: una ocasión para el psicoanálisis. Madrid, España. Edición: Miño y Dávila editores. 2000.
- Janin, B. (2009). Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Noveduc. 2017.
- Janin, B. (2013). Coloquio de culturas adolescentes. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/378620202/Coloquio-Culturas-Adolescentes-2-11-13>
- Lacan, J. (1974). "El despertar de la primavera". En Intervenciones y textos 2, Buenos Aires, Manantial, 2007.
- Mannoni, O. (1984). La crisis de la Adolescencia. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Gedisa Editorial. 1984.
- Manca, M. (2011). "Agresiones al cuerpo en la adolescencia". En Psicoanálisis- Anuario de la actividad científica de APdeBA. 2011. XXXIII. N° 1. 77-88.
- Mauer, S. y May, N. (2015). "Cortarse solo: Acerca de las autolesiones en la piel". En Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes. 2015. N° 6. 1-6.

- Programa Nacional de Salud Integral en la Adolescencia, MSAL-UNICEF (2016). Situación de Salud de las y los adolescentes en Argentina. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Ministerio de Salud de la Nación y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Molla, L. y otros (2015). "Autolesiones no suicidas en adolescentes: revisión de los tratamientos psicológicos". En *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica* 2015, Vol. 20 (1), 51-61.
- Nasio (2010). ¿Cómo actuar con un adolescente difícil? Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós. 2010.
- OPS (2017). Depresión y otros trastornos mentales comunes. Estimaciones sanitarias mundiales. Recuperado de <https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/34006/PAHONMH17005-spa.pdf>
- Rassial, J. (1999). El pasaje adolescente. De la familia al vínculo social. Barcelona, España. Ediciones del Serbal. 1999.
- Roudinesco, E. (2007). Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos. Barcelona, España. Editorial Anagrama. 2009.
- Rodulfo, R. (2004). El psicoanálisis de nuevo. Buenos Aires, Argentina. Editorial: Eudeba. 2004.
- Rodulfo, R. (2006). "Vida, no vida, muerte, dejando la niñez. Preludio y fuga a tres voces". En Hornstein, M. *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós. 2006.
- Vega, V., De Vedia, P. y Roitman, D. (2011). Narcisismo e identificación en la fase del espejo. Ficha de Cátedra. Of. de Publicaciones. Facultad de Psicología. UBA.
- Wainsztein, S. & Millán, E. (2010). Adolescencia. Una lectura psicoanalítica. Buenos Aires, Argentina. Editorial: El Megáfono Ediciones.
- Winnicott, D. (1971). Realidad y Juego. Buenos Aires, Argentina. Editorial Gedisa.